

—Nada, nada, está resuelto, hasta luego.

Pío Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó á ponerse de mal humor.

Concha guardó silencio.



CAPÍTULO II

Una digresión acerca de las manos. La cena
en Fulcheri

LAS MANOS. Hé aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educación, nuestra posición social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entra alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad,

apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideración, y con pocas excepciones el mundo se conforma en materia de manos con estas solas dos calificaciones:

Manos bonitas y manos feas; y no se cuida mucho de que hay tantas clases de manos, cuantas clases de pasiones hay.

Los manos son una revelación de ese misterio que se llama *sér moral*, son una acusación manifiesta de lo que el hombre oculta; y por eso cuando el hombre formula en su interior una oración sincera emanada de la conciencia y de la verdad, *eleva á Dios las manos*.

Las manos con su laberinto de rayas, sus falanges, falangines y falange-

tas, con sus movimientos especiales, son el proceso del individuo, el *carnet* de su viaje por este planeta.

La quiromancia conocía antaño ese *carnet*, y el pillo que sabía leerlo en la antigüedad, tenía el raro prestigio de consternar un reino, de cambiar la faz política de una nación, y de alcanzar mayores resultados con un horóscopo y con una predicción, que el poder religioso y que la fuerza bruta.

Es que la verdad y la conciencia son hermanas, y cuando por cualquier medio, por extravagante que sea, se dan la mano, triunfan.

Si alguno de nuestros lectores es observador, se habrá fijado alguna vez en el lenguaje mudo de las manos.

Las manos son susceptibles de educación, y son siempre las que la revelan; las manos en su configuración, en su tez y en sus movimientos, son el

testimonio inexcusable de las costumbres del individuo.

Hay manos groseras, manos tontas, manas ordinarias, así como las hay ociosas, aristocráticas, sensuales, artísticas, curiosas, hábiles, etc., etc.

Estudiad las manos y al poco tiempo de observación encontraréis que os hablan.

No nos preciamos de conocer á fondo «*la science de la main*,» librito que hemos buscado con ansia para estudiarlo y apoyar nuestras observaciones, de las que, á reserva de ampliarlas en otra ocasión, asentaremos algunas, aunque ligeramente.

La quiromancia llegó á profundizar la cuestión y el autor del libro á que nos hemos referido ha llegado á hacer un estudio prolijo y concienzudo que ha logrado penetrar, y con felicidad, en el terreno de la adivinación: pero

nosotros no entraremos al exámen de las líneas, sino solamente al de la forma y los movimientos.

Por ejemplo: despedíos de una joven bien educada, acostumbrada á la buena sociedad y al trato franco y sincero, y sentiréis todas esas cualidades en el tacto, en la manera con que os estrechará la mano; pero dádsela á una beldad inculta, á una polla ordinaria, y notaréis una contracción extraña, sentiréis unos dedos nerviosamente rectos y una mano muerta, un movimiento sin intención y como que no está en armonía con la voz ni con el asunto, es una mano postiza que se mueve por imitación, es un desencanto, una mano torpe y elocuentemente desconsoladora.

En esta categoría estaban las manos de Concha aun después de las lecciones de Madama Liusa.

En cuanto á su forma, ocultaban sus articulaciones bajo una piel suave y tenían los dedos puntiagudos, señal inequívoca de pereza y voluptuosidad.

Las manos hábiles tienen los dedos espatulados, las trabajadoras las yemas redondas, y los dedos casi rectos, las articulaciones pronunciadas y las venas salientes.

Las manos de Arturo se parecían á las de Concha, eran suaves y puntiagudas.

Los dos amaban la molicie.

Pío Blanco, á pesar de su poca experiencia, comprendió gran parte de lo expuesto en la manera con que Concha le dió la mano; y este solo hecho era tan significativo y trascendental que Pío se puso á discurrir de este modo:

—No, á pesar de su lujo, esa chica no es lo que parece; Arturo la ha de

haber sacado de algún rincón y la ha ataviado como una señorita. ¡Bravísimo! Esto me alienta y me hace concebir una esperancita... porque en fin, yo soy un calavera... mi edad... vamos Pío, eres un pollo, se decía á sí mismo el pollo, tomando un aire de fatuidad muy marcado... Pío, Pío, tú tienes un pensamiento retozón... ¡pero si tiene unos ojos esa chica! y luego... que como no es decididamente una encofetada cocota ni cosa que lo valga, va á ser accesible, yo soy buen mozo y me visto bien.... Afortunadamente traje mi corbata verde, que según mi chica me está tan bien... en fin, en la cena veremos lo que se avanza: es necesario quedar bien con el fanfarrón de Arturo, para que en todo caso vea Concha que sé lo que traigo entre manos y que soy hombre que presta garantías.

Estas y otras mil ideas preocuparon á Pío Blanco hasta el momento de reunirse con Arturo y Concha.

—No me tardé, dijo al entrar al palco.

—Nada de eso: eres un inglés.

—Ya sabes. ¿Concha, se ha divertido V. mucho?

—Sí, señor.

—¿Vámonos?

—Sí, así saldremos sin pasar la consabida revista, dijo Arturo.

—¿Qué revista? preguntó Concha.

—La de la doble fila de curiosos que se forma á la salida del teatro.

—¡Ah!

Pío tomó de sobre una silla un magnífico abrigo de merino blanco y lo colocó sobre los hombros de Concha, á quien desde luego pareció aquella galantería de un carácter desconocido, al grado que dirigió una mira-

da á Arturo como para pedirle su aprobación.

Pío Blanco dejó que Arturo tomara á Concha y dijo:

—No te quejes chico, de derecho me tocaba llevar á la interesante Concha, pero como te considero muy enamorado te hago esa concesión. Ya sabes.

—Gracias, generoso.

Los tres pollos salieron antes de que se acabara la comedia, montaron en un coche y partieron para el café de Fulcheri.

Pío Blanco pidió sopa de ostiones para los tres.

—¿Sopa? dijo Concha haciendo un gesto graciosísimo.

—Sopa, Concha, sopa de ostiones.

—¿A estas horas?

—¡Oh! ese es el chic, los ostiones son nuestra comida favorita, ¿no es verdad, Arturo? Ya sabes.

Puso el criado la sopera y Pío Blanco hizo platos.

Concha observó para sí, que aquello no tenía cara de sopa; por lo menos no se parecía á la de tortilla, ni á la de fideos; tomó algunas gotas en la punta de la cuchara y la probó: la encontró detestable.

—De tomar sopa, pensó Concha, preferiría yo de tallarín, como la que hace mi mamá.

Arturo estaba en un brete; hacía señas á Concha con los piés para que no se dejara ver la hilaza, para que no hablara; pero no pudo evitar que Pío Blanco con esa tenacidad peculiar del pollo, especialmente cuando el pollo come y bebe, no pudo evitar, decimos, que Pío exclamara:

—¡Cómo! encantadora Concha, ¿no le gustan á V. los ostiones? los ostiones son la comida favorita de los hi-

jos del placer, de los hombre de gusto, de la gente que comprende los deleites gastronómicos; el mundo elegante los reputa desde la más remota antigüedad como el platillo de los enamorados.

Concha abría los ojos, teniendo la cuchara suspendida entre el plato y la boca, estaba lela; después bajó la cara y procuró analizar la forma de los ostiones.

—¿Busca V. la forma? eso es cuestión de forma, como dicen en el Congreso; busque V. la sustancia, Concha, la sustancia, y ya verá V.—Chico, dijo en seguida, dirigiéndose á Arturo, si quieres ser feliz, es preciso que alimentos á esta hechicera beldad con los productos culinarios más en analogía con las costumbres modernas.

—Ya aprenderá, dijo Arturo turbado.

—A la salud de V., Concha, por esos ojos...

Pío tocó su vaso con el de Concha, quien se estremeció con el contacto inesperado y estuvo á punto de soltar el vaso.

Pío apuró el suyo de un sorbo y Concha apenas tocó el suyo con los labios.

El dios Baco tiene sacados muy curiosos apuntes sobre la embriaguez, en todos los tiempos, y hasta ha llegado á confundirse en materia de apreciaciones. El tal dios de las viñas, hace formales mohinas cuando en una cena íntima ó en un banquete, se encuentran beldades de paladar refractario al consagrado néctar.

Las personas no acostumbradas al vino lo aceptan como una verdadera poción venenosa; apenas lo catan y les parece mucho un trago: el verdadero

chic consiste en beber con naturalidad. A este chic debe la industria moderna la enormidad de su estadística alcohólica.

—Beba V., Concha.

—Se me sube.

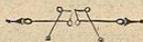
—El buen vino no se sube.

Arturo y Pío bebían como contra-maestres.

La conversación subía de punto; Pío se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con succulentas viandas y esquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder á las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de ver-

se bueno; este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que para nosotros tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las fases más encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos á describir con todos sus detalles, aquella cena á tres, cena del café Inglés de París, casi pompeyana; pero preferimos respetar á nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.



CAPÍTULO III

En el que la precocidad de los pollos determina
una catástrofe

SENTÉMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la plaza mayor de México.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figón improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen soñolientos y silenciosos dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.